

¡Ah! entonces el matrimonio vendrá á convertirse en un verdadero purgatorio.

Pero adónde voy á dar, para qué me afito en hablarte de novios y maridos, y matrimonio, á tí que no debes todavía pensar mas que en tu educacion, en tus lecciones y en tus maestros que te darán aún algo que hacer por algun tiempo?

Sin embargo, yo no me arrepiento de haber tocado tales cosas, porque bueno es que las sepas: así estarás mejor preparada para el tiempo en que debas pensar en ello.

Aproyéchate de todos los buenos consejos que te doy, y no dudes que si los sigues fielmente, serás tan dichosa como lo desea tu papá.

CARTA XV.

Dignidad: decoro. Hé aquí la materia de que nos vamos á ocupar hoy, y por cierto que es bien importante.

Todos los días oimos decir á muchas personas que tienen decoro y que les sobra dignidad: sin embargo, pocas pueden decirlo con razon, pues á cada paso se tropieza con gente, aun de eleva-

da posicion, que está muy lejos de poseer aquellas buenas cualidades.

La dignidad, hijita, es, la elevacion, la nobleza en el caracter ó conducta de una persona; y el decoro, es el respeto, la honra que una persona llega á merecer por su porte y por sus buenas acciones: y en las niñas especialmente, es tambien la pureza, la honestidad, el recato. Fácilmente comprenderás por lo que te acabo de decir, que no deben ser frutas muy abundantes en el mercado del mundo, la dignidad y el decoro.

Pues sin embargo de todo, lo cierto es, que estamos obligados á esforzarnos por conseguir de aquellas tan apreciables cualidades, la mayor parte posible, porque aquella persona á quien le faltan del todo la dignidad y el decoro, indudablemente no será jamas estimada, ni mucho menos considerada en la sociedad, sino por el contrario, vista con indiferencia y aun despreciada muchas veces.

El hombre como la mujer pueden muy bien ser considerados y aun estimados en la sociedad, cuando les falte por ejemplo la hermosura, el talento, el dinero y hasta la buena educacion, que es mucho decir; pero faltándoles del todo el decoro y la dignidad, creo que es imposible que puedan contar con la consideracion de sus semejantes y mucho menos con su estimacion y su

respeto. Por regla general, aquel que quiere que se le considere, se le estime y aun se le respete en la sociedad, tiene que empezar por considerarse, por estimarse, por respetarse á sí mismo. En esto consiste la dignidad y el decoro, cuyas buenas cualidades muchos quieren atribuirse y pocos poseen en efecto; pero como son tan despreciables aquellos que no las tienen, hasta cierto punto es necesario disculpar la manía tan general, ó mas bien dicho la audacia de apropiarse todos tan estimables cualidades.

Supongamos, por ejemplo, que existe una jóven muy bonita y muy elegante tambien, pero que es superficial y aturdida, que concurre á todas las tertulias y se la ve en todas partes: que en los bailes da generalmente una misma pieza para bailar á dos ó mas jóvenes: que usa de mucha familiaridad en su trato con los hombres; que mientras á uno da á guardar su abanico, á otro da su pañuelo; que aun en sus conversaciones no usa un lenguaje tan fino y comedido como conviene á una señorita. Pues bien: ¿podrá esta jóven lijera é indiscreta, que así falta á su propio decoro, exigir que se le considere, que se le estime, y mucho menos que se le respete? ¿Podrá ella decir que tiene dignidad, que tiene decoro? No ciertamente: los jóvenes por lo pronto se agruparán á su derredor para divertirse

con ella, pues á esta clase de mujeres buscan siempre en las reuniones para pasar el rato, pero al otro dia, criticarán ellos mismos muy severamente sus lijerezas y liviandades, y aun los pequeños favores con que tal vez distinguió á algunos, ya prefiriéndolos en el baile con desaire de otros, ya dejando en su poder un guante ó una de las flores que adornaba su peinado, todo se tendrá por coquetería y nada mas.

Por el contrario, á una señorita que es medida y juiciosa en todas sus acciones y palabras, que pone el mayor cuidado en no cometer con nadie la mas pequeña falta, que en todas partes y con todos es tan amable como discreta, ¿quién no la apreciará, quién le faltará en lo mas mínimo? ¿y quién no dirá tambien que aquella jóven tiene mucho decoro y le sobra dignidad?

Yo conozco á una señora casada y con hijas grandes por cierto, que se da mucha importancia de gente de mundo y á menudo se le oye hablar de su dignidad y su decoro.

Pues bien: esta señora, cuando no es invitada para un baile, no tiene embarazo en solicitar un convite por medio de alguno de sus amigos. Cuando no tiene alhajas propias que llevar á la tertulia, no pulsa tampoco el menor inconveniente en pedir las suyas á alguna parienta ó amiga para lucirlas ella; cuando lleva luto, por

estrecho que sea, y se atraviesa una diversion á la cual ella quiere asistir, lo suspende sin el menor escrúpulo, aunque sea su propio hermano el que acaba de bajar al sepulero.

Ahora bien, ¿qué dignidad, ni que decoro podrá tener quien tales cosas hace, ni cómo podrá esperar consideración y respeto de los demas aquel que no sabe respetarse á sí mismo?

En fin, hijita, sabes ya lo que es decoro y lo que es dignidad; aquel que sabe respetarse á sí mismo y respeta tambien á los demas; aquel cuyas acciones y palabras no dan jamas lugar á la justa censura; aquel en fin, que en todas sus cosas se manifiesta digno y decente, ese será siempre, no solo considerado, sino verdaderamente estimado y aun respetado en la sociedad.

Quiera Dios que tú tengas mucha dignidad y mucho decoro, para que seas estimada de todo el mundo.

CARTA XVI.

Hoy quiero hablarte de dos defectos ó mejor dicho vicios que son muy comunes especialmente en las mujeres, me refiero á la *murmuracion* y á la *envidia*.

En efecto, casi no hay conversacion en que no se hable mal de alguna persona y aun se podría decir con propiedad que la murmuracion ha llegado á ser entre nosotros la sal de todas las conversaciones. Tal es el hábito que hay en nuestras personas de hablar mal, de herir y no pocas veces sin el menor fundamento ni razon á todo aquel que cae bajo el dominio de sus lenguas.

El daño que hace aquel que habla mal de sus semejantes con razon ó sin ella, es incalculable, basta reflexionar un poco para convencerse de ello.

Y ¿cuál, pregunto yo, es el bien que resulta á los que tal hacen, á los que tan mala costumbre han llegado á adquirir? pues los que roban, por ejemplo, sacan indudablemente algun provecho material de su mala accion; pero el que murmura por costumbre ¿cuál es el provecho que saca, cuál el bien que puede esperar? Ninguno, absolutamente ninguno, si no es el de hacerse temible en la sociedad, que huirá al fin de él como de una serpiente venenosa; porque, no tiene duda, que el que habla con nosotros mal de los demas, es seguro que con otros hablará de nosotros, y pardiez que no es apetecible la amistad con esta clase de personas.

Ahora, concretándonos á las mujeres [que en punto á murmuracion le llevan á los hombres

mucha ventaja] preciso es convenir en que, la mayor parte de las veces que murmuran se trasluce en su murmuracion cierto espíritu de envidia que les hace muy poco favor, porque la envidia, hijita, es por sí sola tanto ó mas fea que la murmuracion misma; sin embargo, todas las mujeres niegan haber sentido envidia de nadie ni por nada, pero esto no es cierto. Dice un antiguo proverbio, que «si la envidia fuera tñña, habria muchos enfermos de ella.» Tantos creo yo que habria, y especialmente enfermas, que no se podrian contar fácilmente.

Voy ahora á esplicarte lo que es envidia, porque he visto no pocas veces interpretar muy mal esta palabra á varias señoras. Mas claro, creo que no todas saben bien lo que propiamente debe llamarse envidia.

Envidia es la inquietud que siente el alma causada por la consideracion de un bien que se desea y de que goza otro; en sustancia, hijita, sentir tristeza por el bien ajeno, esto es envidia, Meta ahora cada cual la mano en su corazon y diga si es envidioso ó no.

Yo he oido á muchas señoras á quienes se hacia el cargo de tener envidia de otras, estas ó semejantes palabras. No señor: yo no tengo envidia de fulana; que yo quisiera ser bonita; que yo quisiera ser elegante, cortejada y rica como ella,

no lo niego, pero eso no es tener envidia, porque yo no le quiero quitar lo que tiene aunque quisiera tener lo mismo ó mas si fuera posible. Pues bien: las que tal dicen, las que tal quieren, sin comprenderlo son envidiosas; porque ese deseo que sienten de tener lo que otras, aunque no les quieran quitar lo que tienen, está indicando que sienten algun pesar de que aquellas tengan lo que ellas no possen, y esta es precisamente la envidia.

Yo no digo que esto sea siempre, puede acaso suceder que se desee tener lo que otros tienen sin sentir por esto tristeza alguna por el bien que aquellos gozan y uno no tiene. Puede ser muy bien esto, repito, y en tal caso no hay envidia, pero generalmente sucede lo contrario. Reflexionando un poco antes y poniéndose en seguida la mano sobre el corazon, digan todas las que estos renglones lean si tengo ó no razon en decir que hay muchas envidiosas.

Preciso es por tanto, que tú te empeñes en no adquirir la mala costumbre de murmurar, ni mucho menos tener envidia por nada ni de nadie: calla siempre que oigas que otros murmuran, y si puedes desviar la conversacion y llevarla por otro camino, hazlo; pero por ningun motivo tomes parte en semejantes conversaciones: reflexiona que no te pueden traer bien al-

guno: por el contrario, si no tomas parte en ellas y cuando sea posible defiendes con prudencia á las personas criticadas, ganarás mucho. Yo conozco muchas jóvenes que hacen esto y son alabadas por todo el mundo, pues todo lo temible que es una persona que todo lo critica, que de todo murmura, es apreciable aquella que hace lo contrario, es decir que jamas murmura ni critica á nadie; procura tú á toda costa adquirir este hábito para que seas querida y apreciada en todas partes.

Hay tambien otra especie de murmuradoras que son las mas temibles por cierto, y son las que murmuran con hipocresía. Conozco señoras que cuando oyen [por ejemplo] hablar de que tal familia tiene una buena posicion y vive con lujo, dicen [con cierto aire de compasion] «sí..... ciertamente es una familia que parece ser muy feliz, sin embargo, yo he oido decir que tiene deudas, pero no me crean ustedes, agrega, porque tal vez esta sea una suposición de los que lo dicen, porque hablan mucho las gentes»..... Pasa una dama por la calle y se hacen elogios de su traje, y de su gusto para vestir, así como de su proverbial amabilidad, y entonces la murmuradora hipócrita dice con cierto aire de ironía: sí, es amable, demasiado amable segun dicen malas lenguas, aunque es preciso no

tomar á lo sério todo lo que se dice, porque es necesario contar conque hay gentes que todo lo critican y de todo el mundo hablan mal.»

De aquí es, que las murmuradoras hipócritas hacen mas perjuicio que las que murmuran y critican descaradamente. Pero lo mas notable de este vicio es, que las personas que en él incurren son siempre las que mas defectos tienen y por lo mismo las que mas obligadas están á callar, pues aquellas que tienen juicio, moderacion y pocos defectos rara vez toman parte en esta clase de conversaciones, y cuando la toman por necesidad, su murmuracion, su crítica, es casi inofensiva. Pues bien, para que tú no murmures ni critiques á nadie, es preciso que te propongas hacerlo así: tu edad es la mas á propósito para adquirir hábitos buenos y malos; procura pues, adquirir los buenos, sirviéndote para ello de los consejos que te doy y algun día me agradecerás mucho todo lo que estoy haciendo y haré siempre que pueda para que seas muy buena y muy feliz.

CARTA XVII.

Modestia, humildad, vanidad, orgullo. Vamos á tocar en la presente carta estas cuatro materias que quiero conserves bien para que procures ser modesta y humilde, á la vez que huyas siempre de la vanidad y del orgullo como de los defectos mas grandes que pueda tener una mujer.

«La modestia [dice un sabio escritor] es el primero y mas sazonado fruto de cuantos puede producir la buena educacion.»

«La modestia supone bondad y regularidad en los pensamientos y en las acciones: es el amor de todo lo conveniente y verdadero: es la humildad; la caridad, la justicia: prescindamos de la modestia y habremos franqueado la entrada á los vicios y la salida á las virtudes.»

«Consecuencia inmediata de la modestia, es el aprecio de los merecimientos ajenos y el menosprecio de los propios: así que, la modestia puede considerarse como un antejo del alma, de tal manera dispuesto, que abulta los objetos distantes y hace casi imperceptibles los mas próximos.»

¿Qué te parece, hijita? ¿A que no tenías ideas de que tanto valia la modestia? Voy, pues, aho-

ra á explicarte á mi modo y de una manera que puedas comprender bien, lo que es esta virtud, y la manera al mismo tiempo de practicarla.

Una muger modesta, no se alaba jamas de nada, por mas que esté persuadida de que tiene mérito. Si toea con perfeccion el piano, si baila con mucha gracia, jamas se notará ni en sus ademanes, ni en sus palabras, ni en sus ojos, ni en nada, que esté satisfecha de sí misma; si habla perfectamente un idioma extranjero, si dibuja bien, si sus obras de bordado pueden servir de modelo, si el traje que viste es del mas esquisito gusto y elegancia, nunca se trasluirá en su semblante, ni en sus acciones, ni en sus palabras, que experimenta la menor satisfaccion por aquello y mucho menos que pueda creerse superior á otra alguna.

La mujer modesta tiene mucho cuidado y discrecion al hablar de sí misma, y usa siempre mucha compostura y recato en los ojos.

Yo asistí no hace mucho tiempo á una reunion donde ví y hoy tocar en el piano á dos jóvenes señoritas: las dos hermanas, por cierto, y las dos muy inteligentes tambien: tocaron juntas una pieza de mucha fuerza á cuatro manos y la tocaron admirablemente. Cuando ambas se separaron del piano en medio de los bravos de los concurrentes, cada una rodeada de algunos de es-

tos; mientras una de ellas se manifestaba satisfecha, casi orgullosa, caminando con cierto aire de triunfo que se marcaba bastante en sus ademanes y en su semblante; la otra jóven sonreía de la manera mas modesta y graciosa que te puedas imaginar, manifestándose como ruborizada de los elogios que se le tributaban.

Cuando á la primera la decían que habia tocado á la perfeccion, que era una verdadera maestra en el piano, etc.; ella respondia con cierto aire de vanidad: «no señores, ustedes me lisonjean por urbanidad; pero lo cierto es que la pieza ha salido mal, muy mal. Yo no sé lo que he tenido esta noche que no he podido tocar absolutamente.»

La otra jóven por el contrario, á los elogios que se le hacían respondia con marcada finura y amabilidad: «gracias señores, gracias: son ustedes muy bondadosos, si la pieza ha salido bien se le debe á la excelente compañera que he tenido; cuando se toca en compañía de personas inteligentes, es preciso quedar bien,» y caminaba siempre sonriendo sin que su semblante manifestara el menor sentimiento no solo de vanidad; pero ni siquiera de satisfaccion por los justos elogios que se le tributaban.

Yo observaba esto en compañía de otros caballeros con quienes estaba, y pude notar perfec-

tamente el contraste tan marcado que presentaban ambas jóvenes. De un lado la modestia; tal vez la humildad: la vanidad y el orgullo del otro. Todo el mundo pudo notar lo mismo que yo, y todo el mundo tambien dió un lugar muy preferente á aquella jóven que á la habilidad de tocar perfectamente el piano, reunia la de ser sumamente modesta y humilde. Las dos tocaron muy bien, y sin embargo, una de ellas se llevó la palma sin haberlo pretendido siquiera, si no al contrario, procurando apocar su mérito y enaltecer el de su compañera, que por desgracia era vanidosa en extremo.

«Ya ves esto? pues otro tanto acontece siempre en todas las cosas: el verdadero mérito es conocido de todos y no necesita por lo mismo del menor esfuerzo por parte del que lo tiene; por el contrario, si al mérito se le agrega la modestia, crece aquel de una manera sorprendente.»

Pero es necesario sin embargo, que sepas que hay ocasiones, aunque son raras, en que una persona modesta está obligada á no serlo, ó á lo menos, á ocultar aquella virtud, y esto acontece cuando encuentra uno con gentes orgullosas ó necias que ignoran el valor de la modestia y pretenden confundirla con la humillacion, y la bajeza: solo en tales casos es lícito vencer la modestia; perderla jamas.

La mujer modesta, especialmente si es jóven, es querida de todos, es deseada en todas partes; tiene las simpatías de todo el mundo; mientras que la orgullosa es generalmente poco apreciada en la sociedad, y algunas veces aun temida y rechazada de ella. Preciso es, por tanto, que tú procures adquirir el hábito de esta virtud, empeñate en ser modesta; pero modesta de veras, no finjida como hay muchas, que por esto ademas de qué es muy comun y se conoce con facilidad como todo lo falso, no vale nada, puesto que es una modestia verdaderamente artificial. Dice un sabio acerca de esto, «que una mujer francamente orgullosa, es mil veces preferible á una mujer hipócritamente modesta,» mira pues, si es apreciable la modestia que no es verdadera.

Algunas jóvenes habrá á quienes su carácter, tal vez altivo ú orgulloso naturalmente, les presente como una cosa muy difícil la adquisicion de la modestia, por mas que conozcan todo el bien que les resultaria de serlo. Mucho se engañan por cierto las que así discurren: ¿se pueden adquirir los vicios? ¿pues por qué no se han de poder adquirir las virtudes? El que ha de adquirir el vicio de la bebida empieza por tomar un solo trago, y esto lo hace tal vez con disgusto; despues aumenta la dosis,

y le va tomando gusto al licor hasta que este llega á serle muy agradable, y entonces ya adquirió la costumbre de beber. Mas tarde esta mala costumbre se convertirá en un vicio. Esto es indudable, y tendremos ya un ébrio en toda forma.

Pues así se adquieren, hijita, todas las costumbres: lo mismo las buenas que las malas, y una vez adquirida una costumbre, si es mala, pronto se llegará á adquirir un vicio: si es buena, pronto se llegará tambien á adquirir una virtud. Convencimiento, voluntad firme y constancia. Hé aquí lo que se necesita para adquirir los buenos hábitos, las buenas costumbres, que mas tarde se convertirán tal vez en virtudes. Esfúerzate tú en adquirir la de la modestia y aléjate siempre del orgullo que tanto perjudica, aun á las mujeres de mérito mas reconocido.

No quiero concluir la presente sin proporcionarte un buen rato.

Es el caso, que hace pocos dias vino á mis manos un precioso libro, donde entre otras bellísimas composiciones de poetas alemanes, encontré una que es preciso que tú conozcas, y que por otra parte, viene muy bien aquí, para servir de final á esta carta. Te la voy á copiar en seguida, y por supuesto en el mismo idioma que la

he leido, para no hacerle perder mas de lo que indudablemente habrá perdido ya en la primera traduccion.

LA MERVEILLE DES FLEURS.

Dans une vallée silencieuse brille une belle petite fleur; sa vue flatte l'œil et le cœur, comme les feux du soleil couchant; elle a bien plus de prix que l'or, que les perles et les diamans, et c'est à juste titre qu'on l'appelle la merveille des fleurs.

Il faudrait chanter bien long-temps pour célébrer toute la vertu de ma petite fleur et les miracles qu'elle opère sur le corps et sur l'esprit; car il n'est pas d'élixir qui puisse égaler les effets qu'elle produit, et rien qu'à la voir on ne le croirait pas.

Celui qui porte cette merveille dans son cœur devient aussi beau que les anges; c'est ce que j'ai remarqué avec une profonde émotion dans les hommes comme dans les femmes: aux vieux et aux jeunes, elle attire les hommages des plus belles âmes, telle qu'un talisman irrésistible.

Non, il n'est rien de beau dans une tête orgueilleuse, fixe sur un cou tendu, qui croit dominer tout ce qui l'entoure; si l'orgueil du rang ou de l'or t'a raidi le cou, ma fleur merveilleu-

se te le rendra flexible, et te contraindra à baisser la tête.

Elle répandra sur ton visage l'aimable couleur de la rosa; elle adoucira le feu de tes yeux en abaissant leurs paupières; si ta voix est rude et criarde, elle lui donnera le doux son de la flûte; si ta marche est lourde et arrogante, elle la rendra légère comme le zéphyr.

Le cœur de l'homme est comme un luth fait pour le chant et l'harmonie; mais souvent le plaisir et la peine en tirent des sons aigus et discordans: la peine, quand les honneurs, le pouvoir et la richesse échappent à ses vœux; le plaisir, lorsque, ornés de couronnes victorieuses, ils viennent se mettre à ses ordres.

Oh! comme la fleur merveilleuse remplit alors les cœurs d'une ravissante harmonie! comme elle entoure, d'un prestige enchanteur la gravité et la gaieté même! Rien dans les actions alors, rien dans les paroles qui puisse blesser personne au monde; point d'orgueil, point d'arrogance, point de prétentions!

Oh! que la vie est alors douce et paisible! Quel bienfaisant sommeil plane autour du lit où l'on repose! La merveilleuse fleur préserve de toute morsure, de tout poison; le serpent aurait beau vouloir te piquer, il ne le pourrait pas!

Mais croyez-moi, ce que je chante, n'est pas

une fiction, quelque peine qu'on puisse avoir à supposer de tels prodiges. Mes chants ne sont qu'un reflet de cette grâce céleste que la merveille des fleurs répand sur les actions et sur la vie des petits et des grands.

Oh! si vous aviez connu celle qui fit jadis toute ma joie! la mort l'arracha de mes bras sur l'autel même de l'hymen; vous auriez aisément compris ce que peut la divine fleur, et la vérité vous serait apparue comme dans le jour le plus pur.

Que de fois je lui dus la conservation de cette merveille! elle la remettait doucement sur mon sein quand je l'avais perdue; maintenant un esprit d'impatience l'en arrache souvent, et toutes les fois que le sort m'en punit, je regrette amèrement ma perte.

O toutes les perfections que la fleur avait répandues sur le corps et dans l'esprit de mon épouse chérie, les chants les plus longs ne pourraient les énumérer; et comme elle ajoute plus de charmes à la beauté que la soie, les perles et l'or, je la nomme la merveille des fleurs; d'autres l'appellent la modestie.

¡Y bien! ¿no me das las gracias por haberte hecho conocer esta bellísima composición?

CARTA XVIII.

Conformidad, resignacion, saber vencerse, hé aqui la materia de la presente carta que muy especialmente te recomiendo.

La vida, hijita, se encuentra por todas partes sembrada de disgustos y penas: á unos les toca mas, y á otros menos, es verdad; pero á todos nos toca algo y el que no aprende á sufrir, el que no sabe conformarse con las penas que Dios le envía, será sin duda mas desgraciado que aquel que sabiendo vencerse vive conforme ó á lo menos resignado con los disgustos y trabajos que puedan sobrevenirle. En esto no cabe duda.

Desde que tenemos uso de razon, hasta que morimos, nos vemos á cada momento contrariados, sea cual fuere nuestra edad y nuestra posicion: el hombre y la mujer, el jóven y el anciano, el pobre y el rico; todos están sujetos á esta ley que es comun para toda la especie humana.

Tú ves que á los niños pequeños no les gusta la escuela, y sin embargo se les hace ir por fuerza; los niños mayores, tampoco van contentos al colegio; pero se les obliga á ir: los jóvenes de ambos sexos quieren hacer generalmente cosas que no puede permitírseles; y las personas mayores á su vez, se ven tambien obligadas á ha-

cer muchas veces lo contrario de lo que desean.

Bien: pues si cualquiera que sea nuestra posición y nuestra edad hemos de tener que luchar con este mal que es inherente á la especie humana, natural es que procuremos acostumbrarnos á llevar con paciencia, á conformarnos de buena voluntad, con todo lo malo que nos pueda venir; y para ello es necesario adquirir el hábito de sabernos vencer que es el principio de la conformidad.

Malísimo sistema es por lo mismo, que se eduque á las niñas como si solo hubiesen nacido para gozar, como si todos los sucesos que les reserva el porvenir debieran combinarse en su ventura enseñándoles solo á adornarse, á lucir y á brillar en la sociedad; pero no á ceder, á padecer, á resignarse.

Sin embargo, yo he oído decir á algunos padres, de esos que por todo pasan con tal de dar gusto á sus hijas, estas ó semejantes palabras: «Yo quiero que mis hijas gozen cuanto sea posible mientras yo viva, y si alguien me critica por ello, sepa que yo no educo á mis hijas para amas de llaves ó costureras.»

¡Cuánta ceguedad!

No. Si ha de haber contrariedad, es necesario que haya prudencia para dirigirse: si ha de haber enemigos, es preciso que haya vigor para re-

sistirles: si no hay en el mundo, en fin, quien esté al abrigo de las vicisitudes y de las alteraciones de la fortuna, es necesario tener recursos para suplir sus faltas: valor para sobrellevar el infortunio, y serenidad de ánimo para conservar la paz del alma. Verdades son estas que nadie puede negar, porque están al alcance de todo el mundo.

Nuestros gustos con nuestros deberes y aun con nuestra conveniencia personal no están de acuerdo muchas veces; y de aquí las contrariedades que sufrimos todos los días; pero por conveniencia propia debemos vencernos y hacer solamente aquello que nos convenga, seguros de que mas tarde recogeremos el fruto indudablemente.

Si se hubiera dejado á tu elección ir ó no á la amiga, primero, y despues al colegio; pocas veces hubieras ido por cierto; pero fuiste, aunque contrariada y hoy estás bien persuadida de que te ha resultado mucho bien de ello. ¿No es verdad? Pues lo mismo sucede siempre y con todo: no lo dudas, tú tendrás muchas veces deseo de hacer cosas tal vez que no se te permitan, como no se te permitió antes que dejaras de ir al colegio; de pronto sentirás mucho verte contrariada, pero mas tarde conocerás, no hay duda, el bien que de ello te resulta.

Las jovencitas como tú, no saben lo que les puede ó no convenir, porque les falta el conocimiento del mundo que solo dan los años. Por lo mismo, tú debes vivir cierta de que aquello que no se te permita hacer es indudablemente para tu felicidad, que es la que vamos buscando. Muchas veces sin duda vas á verte contrariada en tus deseos, y cuando no puedas bien comprender todas las razones que tendremos para no darte gusto, fácil es que te impacientes y aun te disgustes sin que nosotros podamos remediarlo por mas que así lo querámos.

Pues bien; para estas ocasiones es necesaria la conformidad, la resignacion, y el hábito de saberse vencer sobre todo, que debes procurar adquirir á toda costa ahora que empiezas á vivir; ahora que eres una jovencita que tan fácilmente te puedes acostumbrar á lo bueno como á lo malo.

Y tanto mas debes tomar empeño en adquirir este hábito saludable, cuanto que la posicion que guardas en la sociedad, es difícil hasta cierto punto. En efecto: tú perteneces por tu familia y por tus relaciones de amistad á la clase mas distinguida de nuestra sociedad, y con ella por lo mismo tienes que tratar todos los dias: sin embargo, tú no eres rica, como lo son la mayor parte de tus parientes y de tus amigas, cu-

ya circunstancia podrá acaso disgustarte algunas veces.

Nada, hijita: confórmate siempre de buena voluntad con lo que Dios quiera darte, y jamas pretendas tener lo que no puedas: deja que otras gasten magnificas telas, ricos encajes y preciosas joyas que tú no puedes tener, y procura solo aventajarlas en instruccion, en gracias, en amabilidad y en virtud sobre todo; para que sin ser rica valgas tanto ó mas que aquellas. Acuérdate siempre que te venga la idea de que no tienes lo que otras, de que hay muchas mas que no tienen lo que tú y sin embargo viven muy tranquilas y muy contentas.

Tú has recibido una educacion esmerada: tú perteneces á una familia honrada y distinguida: tú tienes en lugar de una madre, dos que te quieren y se interesan por tí igualmente: de tus varios hermanos, hay algunos grandes que son buenos, te quieren mucho y toman el mayor interes por tí; y tienes en fin un papá que hará mientras viva cuanto pueda por tu felicidad. ¡Vaya que esto ya es algo! que ello te anime cuando venga á tu imaginacion la idea de que no eres tan dichosa como algunas de tus amigas.

El dinero, el lujo y aun la opulencia, no hacen por sí solos la felicidad de las gentes. Es la

educacion, las gracias, la instruccion, y la virtud sobre todo, lo que hace á las gentes mas estimables y felices en el mundo. No lo dudes. Piensa tambien, que una jóven pobre de mérito no es difícil que llegue á ser rica; mientras que una rica sin él no es fácil que pueda adquirirlo; pero sí podrá convertirse en pobre con la mayor facilidad del mundo: esto lo ves todos los dias.

Sobre todo, conformidad, resignacion; así se sufre menos en todo caso: la pobreza, la miseria misma no tienen armas contra el que sabe sufrir, contra el que sabe conformarse y vivir resignado; pues convirtámos esa necesidad en una virtud, así nos haremos la vida menos pesada á lo menos, ó mas agradable si Dios nos manda pocas penas.

Para concluir esta carta quiero copiarte un párrafo que he leído en un libro que ha llamado mucho mi atencion, y viene como de molde en el caso presente.

«La vida es un don de Dios, y no es lícito ni preguntarle: ¿por qué para unos es una copa de néctar circundada de flores y jazmines, mientras para otros es un cáliz de hiel cuyo borde está erizado de espinas? Dulce ó amarga esta bebida, debemos apurarla hasta las hezes; si cada uno de nuestros dias es dulce como una gota de miel

y fragante como una flor, ofrezcamos á Dios llenos de gratitud estas flores que recojemos en el sendero de la vida; si cada dia es para nosotros como una rosa marchita y espinosa que no podemos tocar sin dolor porque nos hieren sus espinas, recojamos estas rosas con resignacion y ofrezcámoslas tambien humildemente á Dios, pues no tenemos otra ofrenda que presentar en sus altares.

¡Qué hermoso pensamiento! ¿no hijita? Yo espero que habrás leído esta carta con mucho gusto y atencion, y sacarás de ella todo el provecho que yo deseo.»

CARTA XIX.

Te dije en mi primera carta que la práctica de la virtud era lo primero en que debias pensar, y te ofrecí explicarte en lo que ella consistia y aun la manera de practicarla.

Pues bien, ha llegado el momento en que toquemos este punto importantísimo, y voy á hablarte sobre él de la mejor manera y con la mayor claridad que me sea posible.

La verdadera virtud, hijita, no consiste solamente en visitar los templos diariamente, rezar